

**Este texto aborda la cuestión de la tolerancia, y por lo tanto toca el tema de la violencia en sus diversas formas: por exclusión, por silencio, por difusión de modelos de vida, por trivialización, por reducción al espectáculo, por generalización. Frente a esto, plantea la necesidad de fortalecer las relaciones humanas a través de los medios de comunicación, promoviendo la tolerancia y la construcción de civilización por reducción de la violencia.**

---

## **COMUNICACION SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DE LA TOLERANCIA**

La violencia acompaña la historia de toda de la humanidad. Cristalizada en el uso de la fuerza, sea para exterminar al otro, sea para sojuzgarlo, aparece como una constante en las relaciones entre países, grupos y seres en sus interacciones cotidianas.

Me detendré en algunos momentos clímax de la violencia para reflexionar sobre sus alcances hasta el presente.

"Mientras se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como un estruendo de olas, en ese preciso momento los españoles toman la determinación de matar a la gente. Vienen a cerrar las salidas, los pasos, las entradas (...) ya nadie pudo salir. (...) Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y le dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra, dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza, enteramente echa trizas quedó su cabeza. Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse a salvo, no hallaban a donde dirigirse. (...) La sangre de los guerreros, cual si fuera agua corría: como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse" (*Visión de los vencidos*, pp. 81-83).

Se trata del relato de la noche del... de 15..., cuando los españoles, al mando de Alvarado, lugarteniente de Cortés que luego conquistaría Guatemala, masacran a los indígenas que celebraban en paz la fiesta de Huitzilopochtli. Ese día nace en realidad la violencia desbordada que no se interrumpirá por siglos. Era hasta natural que así sucediese. Cuando Cortés vio el arte mexicano lo caracterizó como encarnación del demonio. Alvarado justificó su masacre en la necesidad de reprimir esos cultos demoníacos. Nuestra América nace signada por el desconocimiento del otro, por la incapacidad de comprenderlo y de tolerar sus manifestaciones culturales.

Dignos hijos de su tiempo, aquellos españoles habían sido forjados en la ideología de la España del siglo XV, en la cual estaba más que presente la Santa Inquisición (hoy la Iglesia revisa lo de "santa" y muchos teólogos hablan

con claridad de ese período tan oscuro para la religión). Nadie teorizaba entonces sobre la tolerancia, y mucho menos esos hombres que no venían precisamente de las elites más o menos ilustradas de la península. El concepto del otro no existía y Sepúlveda podrá discutir, algunos años más tarde, sobre si los indígenas tenían o no alma.

Dejo abierta esta primera línea de la violencia, la que conlleva el desconocimiento radical del otro, para centrarme en la de la fiesta punitiva, como la llama Michel Foucault en su obra *Vigilar y castigar*.

"Damiens fue condenado el 2 de marzo de 1757 a 'pública retractación ante la puerta principal de la Iglesia de París', adonde debía ser llevado y conducido en una carreta, desnudo (y luego) a la plaza de Grève y sobre un cadalso que allí habrá sido levantado (deberán serle) atenaceadas las tetillas, brazos, muslos y pantorrillas y su mano derecha (...) quemada con azufre, y sobre las partes atenaceadas se le verterá plomo derretido, aceite hirviendo, pez, resina ardiente, cera y azufre fundidos juntamente, y a continuación su cuerpo estirado y desmembrado por cuatro caballos y sus miembros y tronco consumidos en el fuego, reducidos a cenizas, y sus cenizas arrojadas al viento" (p. 11).

No quiero someterlos a la descripción que recoge Foucault sobre el horror de esa condena, sólo me detengo en lo que llama la atención de ese pensador contemporáneo: el carácter público del suplicio, la fiesta punitiva. Semejante pena era ante la gente, y el espectáculo de esa muerte duró varias horas.

Hacia fines del siglo XVIII el castigo "tenderá a convertirse en la parte más oculta del proceso penal". La violencia, al menos ésa, pasa a los fondos de las cárceles, a los cuales no tiene acceso ya la multitud. No puedo, ni pretendo, generalizar: algunos grupos de la población se quedan sin el espectáculo de la violencia más descarnada. El condenado, ese *otro*, deja de ser objeto de la mirada de quienes sólo verán en él el suplicio. Se argumentaba entonces, viejo y presente argumento, que de esa manera uno no se atrevía a seguir los caminos del delito.

Por supuesto que la violencia nunca desapareció de la escena social, pero de esa manera estuvo oculta varias décadas hasta que comenzó a traerla otra vez la fotografía para llegar a su apoteosis en la pantalla. El placer por el espectáculo de la violencia encontró su alimento en la oferta de la fotografía, del cine y de la televisión.

No daré ejemplos ni cifras. Recuerdo sólo que en algunos estados de la Unión Americana se libra una batalla para obtener la autorización de televisar en directo las ejecuciones de los condenados a muerte.

Y la violencia no sólo en los despliegues informativos, sino también en la ficción. Hace unos años escribí lo siguiente:

Mazinger, el robot, tiene una compañera mecánica llamada Afrodita. Es alta como una torre y tan violenta como él. Cuando quien la maneja ataca al grito de "*¡Cohetes atómicos!*", los pechos de Afrodita se agitan y

salen disparados, convertidos en bombas; en su lugar quedan dos huecos humeantes. He aquí una muestra de hasta dónde las ideologías de la violencia y de la muerte se apropian de los símbolos más antiguos y hermosos de la vida para volcarlos al espectáculo de la muerte.

Retomo los tres ejemplos: la fiesta de los indígenas y la masacre en manos de los españoles, el espectáculo del suplicio en una plaza de París, la vuelta del show de la violencia a través de los medios de comunicación y la ruptura de los viejos símbolos para sumarlos a esta lógica de la destrucción y de la exhibición de la muerte.

¿Son ellos suficientes como para caracterizar períodos históricos o para permitirnos un juicio a los medios de comunicación? No pretendo ir tan lejos, pero al menos quiero señalar lo que significa ir hacia el otro para aniquilarlo porque no es un otro como yo, para gozar de su tormento, para ofrecerle el espectáculo de la violencia y para hacerle vivir como normales las más terribles transgresiones a los símbolos de la vida y del amor.

## **Formas de violencia**

Y, sin embargo, he recurrido sólo a las expresiones más directas de la violencia, más en carne viva. Pero hay muchas otras, vividas en las relaciones sociales y difundidas a menudo por los medios de comunicación.

Reconozco las siguientes formas de violencia:

- por exclusión
- por silencio
- por difusión de modelos de vida
- por trivialización
- por reducción al espectáculo
- por generalización

La violencia por exclusión ha tenido siglos y siglos de historia y no termina de desaparecer. Utilizo *exclusión* en el sentido del ostracismo, del aislamiento, de la falta de espacios para hacer valer los propios derechos, de la condena al ghetto, a los espacios de la propia comunidad sin derecho al intercambio y a la participación social.

Pienso en los niños de la calle, de la pobreza, del hambre; pienso en comunidades indígenas, en los ancianos que al final de la vida se van quedando sin sostenes, en las mujeres a las cuales les toca seguir peleando por su lugar en la sociedad, en el odio a los extranjeros, por mencionar sólo algunos de los sectores excluidos.

En comunicación la exclusión significa la escasa presencia o la ausencia lisa y llana. Hicimos en 1988 una encuesta a todas las radios de Centroamérica, más de tres mil. Y encontramos que los programas con menos presencia eran los dedicados a las mujeres, los niños y los sectores rurales.

Una de las formas extremas de la exclusión es el silencio que hemos caracterizado en dos líneas:

- el callar
- el acallar

La primera lleva a no mencionar a quienes podrían ser objeto de atención social, como si no existieran ni tuvieran lugar para la existencia.

El acallar es más duro. Resuena en algunas relaciones de la familia, cuando se impone una voz y se sume a las otras en el silencio. Pero también en muchas instituciones, como la escuela cuando se la organiza para frenar la espontaneidad y la participación de niños y jóvenes.

El acallar en los medios nace de una manera diferenciada de dar la palabra a los grupos, unos ocupan buena parte de la escena y otros no tienen presencia alguna.

Toda sociedad difunde modelos de vida. Imposible no hacerlo, en ello se juega su supervivencia. Bien, en eso estamos de acuerdo, pero toca analizar qué modelos son los privilegiados y cuáles dejados de lado. Es preciso asumir la responsabilidad por los modelos que se difunden, sea desde la familia, la escuela o los medios de comunicación.

Reconocemos, a modo de ejemplo, la difusión de modelos guerreristas en no pocas coyunturas de diferentes países. Y también la difusión de modelos machistas, a través de los cuales son acentuadas las desigualdades sociales.

Los medios de comunicación son constantes difusores de modelos, entre otros del exitismo, la superficialidad de las relaciones, la capacidad de progreso a través de soluciones mágicas, las competencias despiadadas, la desconfianza mutua, la resolución de problemas por eliminación del contrario o por astucia, las formas de seducción ligadas a la belleza.

Los modelos tienen que ver con invitaciones a verse de determinada manera. En mi país, la Argentina, se está convirtiendo en una verdadera plaga la anorexia, una enfermedad que consiste en una mirada distorsionada del propio cuerpo. No afirmamos que sean culpables los medios, la familia tiene mucho que ver en esto, pero las famosas *Barbies*, con las que han jugado varias generaciones, si se las llevara a formas humanas medirían 1.90 metro y pesarían 55 kilos. En Estados Unidos la industria del adelgazamiento supera al año los treinta mil millones de dólares. Tendremos por un tiempo todavía las modelos altas y de poco peso.

Entiendo *trivialización* en el sentido de reducir todo a superficies, como si los seres humanos no tuvieran también alternativas para preguntarse por su propia condición, para ahondar en su situación social y en su destino. La vida cotidiana es el espacio de lo trivial, cuando todo se diluye en el comentario de la vida ajena, cuando se ponen en juego relaciones que consisten en la distancia y la indiferencia. Nos merecemos, como seres humanos con tantas

posibilidades, algo más que lo trivial como manera de ver al otro y de vernos a nosotros mismos.

En los medios la trivialización ocupa un espacio muy grande. Pienso en las propuestas de vida y de conducta del mundo de la farándula, que se dedica a repetirse a sí mismo y a tomar la existencia como un juego y un pasatiempo. Pienso en los programas montados sobre la burla directa a seres desprevenidos, pienso en las competencias para ganarse unos miserables productos, en, precisamente, la trivialización de la competencia, reducida a golpes de suerte y a exhibición de pobres cualidades.

No pretendo descalificar el derecho al entretenimiento. Don Simón Rodríguez decía que la vida era demasiado dura como para no tener la necesidad de salirse de uno mismo y de distraerse. Estamos de acuerdo, pero la trivialización sin límites se convierte en una forma de violencia, porque no permite acceder a lecturas más profundas de la propia realidad.

Hemos aludido ya a la violencia por reducción al espectáculo. Existe en los seres humanos un mecanismo de reducción de la violencia al relato y al *enfriamiento* de la misma por distancia. Me explico: frente a un acto violento se generan versiones sobre versiones y pronto el impacto de su presencia se convierte en narraciones de hechos que no se han enfrentado directamente. La distancia permite espectacularizar la violencia en el juego de relatos en la vida cotidiana.

En esta dirección nos alerta Daniel Hermant cuando nos habla de la violencia disociada del contexto que termina por convertirse en algo lúdico. No le preocupa tanto el hecho de que la mediatización exagera la violencia, sino que deforma su sentido, la desconecta de sus facetas políticas o sociales y la sitúa al margen de la realidad. La tarea de quien se dedica a trabajar con la información es reintegrar la violencia a su contexto para explicarla.

Nos preocupa sobremanera el mecanismo de la *generalización* que situamos a la base de muchos actos de violencia. Se trata de hacer extensivo a todo un universo de seres o de situaciones unas pocas notas que corresponden a algunos representantes de ese universo o incluso a ninguno. Retomemos una terrible generalización de nuestro siglo: la raza aria como superior. Enzensberger, pensador alemán contemporáneo que ha reflexionado mucho sobre el racismo y los excesos del nacionalismo, declara luego de analizar la composición de Alemania (caracterizada por irrupciones de millones de seres a través de sus fronteras a lo largo de años) "el ario no ha pasado de ser nunca una ridícula construcción intelectual".

Sin embargo, esa generalización en manos de quienes controlaron la ideología en ese país desde los años 30, llevó al intento de construir esa raza sobre la base de los *puros* y mediante el secuestro de niños de los países que iban subyugando por la fuerza a fin de educarlos en familias alemanas. La generalización causó estragos, sobre todo si no olvidamos que tuvo su contrapartida en comunidades como las de los judíos y los gitanos, que fueron asesinados por millones.

Este tipo de generalizaciones está en la base de los nacionalismos y de los intentos de descalificar al otro por su lugar de nacimiento o por determinados rasgos étnicos.

Los medios de comunicación son agentes constantes de generalizaciones. Afirmamos esto con todo el cuidado del mundo, porque no nos interesa ponerlos en el mismo plano de la barbarie del fascismo, pero no podemos dejar de reconocer la presencia de aquéllas a través de tipos humanos, de conductas como reacción a determinadas situaciones, de maneras de relacionarse y de resolver los problemas cotidianos.

Esto se exagera cuando hay conflictos bélicos: los medios terminan casi siempre por alinearse en una sola voz y ella es la de la prédica en contra del enemigo común, como si el país con el que se da el enfrentamiento fuera un espacio para lo monstruoso y para los monstruos. Millones de seres se convierten en lo extraño como un absoluto, allí ya no hay un otro sino sujetos capaces de dañar la vida y la base de la nación, frente a los que sólo queda la razón (o la sinrazón, en realidad) del exterminio.

Se podrá argumentar que estamos ante mecanismos defensivos y hace falta llevar consignas a la población para la defensa. Pero esos mecanismos son sólo reactivos y nos toca pensar en nuestro papel, como comunicadores, para avanzar en una cultura de paz y de tolerancia.

Las formas de violencia a las cuales aludimos no se dan porque las siembren los medios de comunicación, existen siempre en cualquier comunidad humana y nos toca aclararlas en sí mismas y reconocerlas en nuestra labor de comunicadores, sea como empresas o como personas. La cuestión pasa por el fortalecimiento de esas maneras de enfrentar la relación humana a través de la prédica constante a través de los medios.

Retomo aquí la carta que Freud escribió a Einstein, poco tiempo antes de la Segunda Gran Guerra, cuando el físico le preguntaba por los motivos profundos de la violencia. Luego de reconocer que las tendencias destructivas son parte de la condición humana y que no se las puede suprimir, el padre del psicoanálisis señalaba:

"Todo lo que trabaja en favor del desarrollo de la cultura trabaja también en contra de la guerra. (...) Las concepciones psíquicas hacia las cuales nos arrastra la evolución de la cultura son incompatibles con la guerra".

Para combatir las tendencias destructoras del ser humano es necesario apelar a engendrar lazos sentimentales, relaciones de amor (al prójimo como a ti mismo) y de identificación con los otros.

## **La presencia de la paz**

Así como las tendencias a la destructividad son una constante en cualquier sociedad, la presencia de la tolerancia y de la paz también forman parte consustancial de la condición humana. Si el hombre hubiera sido desde sus

orígenes sólo violencia, no habríamos llegado hasta el presente. No podemos adherir a la frase de Nietzsche "vergüenza, vergüenza, vergüenza, ésa es la historia del hombre".

Junto a las formas de violencia analizadas, junto a las consignas belicistas, junto a las caricaturas de seres humanos como Rambo (en algunos cuarteles eran pasadas las películas de ese personaje para levantar los ánimos de los soldados y me ha tocado ver a muchachos en las carreteras con un fusil al hombro y con el pañuelo atado a la manera del *héroe*), la gente, nosotros, entreteje también la ternura, acuna a los niños, tiende la mano al caído, crea lazos solidarios, ama, en suma, ama por encima de todas las ideologías de la violencia y la muerte.

No hay ninguna sociedad de puro odio, de pura intolerancia, porque la supervivencia y la relación florecen desde la tolerancia y el amor.

Las sociedades son posibles porque en ellas se convive, es decir, se entrelazan vidas. Si todo consistiera en violencia y en agresión no podríamos avanzar ni siquiera más allá de la primera infancia.

Esbochemos una explicación: el ser humano es uno de los más precarios de todos los vivientes. Su proceso de convertirse en un adulto independiente le lleva años, tanto desde la gestación como de lo que significa completar el desarrollo intelectual. Esa precariedad (esa vulnerabilidad) lo ha llevado a sostenerse en los otros para lograr la humanización. Porque no nacemos ya humanos para siempre, nos vamos reafirmando en esa condición gracias a las interacciones con los demás.

La supervivencia de la especie se ha edificado sobre la base de la tolerancia, del reconocimiento de la vida ajena, y ello ha significado siempre ofrecer oportunidades de existencia a los recién llegados.

Los ejemplos sobran: lo mejor de una sociedad se manifiesta en el compromiso por la infancia. Una sociedad es más digna cuando mejores son las condiciones de desarrollo de sus niños.

Lo mejor de una sociedad se manifiesta en la reducción al máximo de la pobreza. Una sociedad es más digna cuando mejores son las condiciones de desarrollo de su población.

Lo mejor de una sociedad se manifiesta en las oportunidades de salud, empleo y acceso a la cultura para todos sus habitantes. Una sociedad es más digna cuando más ricas son esas oportunidades para toda su gente.

Lo mejor de una sociedad se manifiesta en la promoción de la convivencia de sus diferentes grupos étnicos y culturas. Una sociedad es más digna cuando mayor es su diversidad y mayor el respeto por la misma.

En síntesis: una sociedad es más digna cuando construye civilización y esto significa, como afirmaba Popper con insistencia antes de morir, *disminuir la violencia*.

Por eso afirmaba Voltaire que sólo la tolerancia puede hacer soportable la sociedad.

Pero las relaciones de tolerancia, que existen siempre, no están todo lo extendidas y cimentadas como quisiéramos. Su extensión a todas las relaciones humanas es una aspiración y no un hecho ya logrado.

Y así como reconocemos en cualquier agrupamiento humano tales relaciones, como existen las de violencia y las tendencias a la muerte, así también identificamos en los medios de comunicación propuestas que buscan construir civilización.

Pienso en las redes de información que se vienen extendiendo a través del cable, en los intercambios de expresiones culturales posibilitados por iniciativas como la Asociación Iberoamericana de Televisión Educativa, en la presencia de prensa en algunos países como garantía de justicia, mediante investigaciones y tomas de posición que han llevado incluso a frenar excesos del poder político, en la apuesta a la divulgación de distintos puntos de vista sobre un mismo suceso, lo que permite lecturas diferenciadas y la ruptura de un solo ángulo de mira sobre la realidad, en el rescate de manifestaciones de grupos étnicos para ponerlas al alcance de la comunidad toda, en la presencia sostenida de otras voces y de otros rostros.

La gran tarea de los medios de comunicación viene pasando por esas prácticas, aún cuando no estén todo lo extendidas como quisiéramos, aún cuando haya que insistir una y otra vez en ellas.

Digámoslo de una vez:

Así como en cualquier agrupamiento social está lo mejor y lo peor del ser humano, así también en los medios de comunicación (síntesis de la expresión de nuestra época) está también lo mejor y lo peor de nuestra condición humana.

En esas manifestaciones son endiosadas la guerra y la violencia, son ofrecidas soluciones a conflictos que significan la eliminación del adversario, son exaltadas maneras de resolver problemas que rayan en el delirio (como cuando un héroe destroza a alguien luego de haberlo forzado a confesar), son presentadas como normales conductas contrarias a la convivencia y la cooperación.

Y a la vez los medios nos muestran vidas en las cuales se toma en cuenta al otro, se lo hace objeto de amor y se lo ayuda a crecer; nos muestran rostros y expresiones culturales, nos ayudan a exigir justicia y a respetar las diferencias.

Nos movemos los comunicadores, ¿a qué negarlo?, en el terreno de la ambivalencia, en un mismo día de programación o en una misma publicación andamos a menudo oscilando entre la promoción de la violencia y la defensa de la vida.

## Construir la tolerancia

Detengámonos un poco más en el concepto. La tolerancia nace como elemento de reflexión a la hora de poner frenos a los excesos del fanatismo religioso, en tiempos de las guerras entre católicos y protestantes, y sobre todo para hacer frente a la Inquisición.

Con ese impulso inicial pasa a constituirse en la base de la libertad política, con el reconocimiento de los derechos inalienables del individuo y del ciudadano. Se pasa de la eliminación o el sojuzgamiento del "contrario" a la búsqueda del respeto mutuo, la voluntad de diálogo y de disenso. Esto lo expresa de una manera preciosa Isidro Cisneros:

"La libertad del otro constituye la principal condición de la propia libertad."

Por lo tanto, los enemigos de la tolerancia serán siempre los dogmas, las verdades absolutas, los fanatismos y la violencia.

La tarea de construir la tolerancia es infinita, porque con cada hombre hay que recomenzarla. En ese sentido señala Edgar Morin:

"Estamos comprometidos a escala planetaria con la obra esencial de la vida, que es resistir a la muerte. Civilizar y solidarizar la Tierra, transformar al género humano en humanidad, es el objetivo fundamental."

Decimos "con cada hombre hay que recomenzarla", porque las asechanzas de la intolerancia y de la violencia están siempre presentes. Y no sólo ellas, porque los vientos de fin de siglo nos han traído, una vez más como en tantas otras coyunturas históricas, la propuesta de una tolerancia como la aceptación de todo, como una suerte de fatiga ante una realidad considerada como incambiable, o bien la actitud cínica de señalar que todo vale. El relativismo moral lleva a desentenderse del destino de la sociedad en general y de cada ser en particular.

No hay manera de escaparnos a la construcción de la tolerancia, en tanto nos hemos elegido como seres humanos empeñados en trabajar con otros. Es esa la condición de los educadores, de los políticos y, sin lugar a dudas, de los comunicadores sociales, como individuos o como empresas. Nuestra labor es pública, volcada a los otros.

Y nuestra labor no puede ser la de quien viene a apagar un incendio cuando las llamas ya cubren hasta el cielo mismo. Retomo para explicar esto palabras del director de la UNESCO, Federico Mayor:

"Las operaciones de mantenimiento de la paz exigen (por ejemplo) una inversión de 1500 millones de dólares. Pero fallan las acciones preventivas. Sucede que las acciones preventivas no traen consigo gloria ni reconocimiento para quienes las ejecutan. (...) Cuando el

conflicto no estalla nadie viene a felicitarlo a uno por haberlo impedido. (...) No hemos aprendido a invertir en lo intangible."

Es que lo intangible no es fácilmente espectacularizable, no se lo puede llevar a la pantalla como las acciones de un teatro de guerra o de un accidente.

## **Las propuestas**

Bien, ¿qué podemos aportar las y los comunicadores sociales, estudiosos de la comunicación y educadores a este precioso proyecto humano de construir civilización por reducción de la violencia?

Las siguientes sugerencias se enmarcan en el contexto latinoamericano y pretenden recoger experiencias ya en marcha y a la vez insistir en alternativas posibles.

### *Conocer la cultura de la violencia y la cultura de la paz*

Ambas tienen toda la complejidad del mundo y no se las puede analizar fuera de contexto. Recuerdo acá la novela de Alejo Carpentier *El reino de este mundo*, en la que el autor sitúa la cultura de la violencia y de la paz en un aquí y en un ahora, con su dolorosa o su hermosa historia. Necesitamos apropiarnos de sus bases ideológicas, de sus fundamentos éticos, de sus recursos, de sus maneras de manifestarse en cualquier sociedad.

Para avanzar en este punto es siempre valioso el sistema de seminarios permanentes de reflexión, en los que puede confluir gente de los medios, de las universidades y de la sociedad en general. Se trata de grupos acotados, unas veinte personas, que se dediquen a estudiar a fondo, con la participación de todos, ambas culturas para hablar de ellas con fundamento y en la búsqueda de alternativas.

Y, ligado a ello, las asociaciones en las cuales se integren comunicadores, educadores e investigadores de la cultura.

## **Las experiencias**

Es duro reconocerlo, pero en estos tiempos de globalizaciones y de necesarias integraciones, sabemos muy poco de lo que se hace en nuestras fronteras. Planteamos la necesidad de relevar en cada país las experiencias, las instituciones y los mensajes (programas, secciones de medios impresos...) que impulsan la convivencia, la tolerancia y la paz.

Cuando uno comienza esta búsqueda descubre que no está tan solo y que, sobre todo, cuenta con referentes para alimentar la tarea comunicacional.

## *Los repertorios*

Apuntar a la concreción de repertorios de materiales impresos y audiovisuales sobre nuestros temas. Aspiramos, en este sentido, a la creación de bibliotecas para la paz y la tolerancia, de espacios donde pueda uno consultar materiales y a la vez encontrarse con quienes persiguen idénticos ideales.

En esto tienen que aportar los establecimientos educativos y los medios de comunicación. Muchos de estos últimos cuentan con espacios de lectura y archivos que podrían ser destinados también a la cultura de la paz.

## *La memoria de la paz*

Si uno recorre los libros de texto y buena parte de la oferta de los medios de comunicación, se encuentra que lo más común es armar una memoria de la guerra y de la violencia. Es como señala Federico Mayor: la paz aparece como algo intangible que nadie debe historiar.

La memoria de la paz consiste en rescatar periodos de convivencia, experiencias felices en que los seres humanos han hecho mucho más que odiarse y destruirse. Podríamos impulsar estudios desde las universidades sobre dicha memoria que está por escribirse en todos nuestros países.

## *La difusión de modelos*

El Diario Clarín de la Argentina, sacó hace dos meses un aviso con dos rostros: el de Valeria Mazza y el de la Madre Teresa de Calcuta. Al pie del primero decía: la modelo; al pie del segundo, el modelo.

La modelo (y los de sexo masculino) han ganado la escena social con una fuerza excesiva. Necesitamos una presencia permanente de otros modelos (no pido que se censure nada), a fin de ofrecer el pensamiento y la vida de quienes trabajan por la construcción de civilización.

## *Los premios nacionales e internacionales*

En Centroamérica me tocó ser algunos años jurado del Premio UNICEF, a periodistas y empresas que dedican su atención a la niñez. En menos de tres llamados, la producción de materiales se había incrementado mucho y también la manera de tratar el tema.

Podemos aspirar a la creación de premios nacionales e internacionales a experiencias por la paz y la tolerancia, a comunicadores y empresas que dediquen sus esfuerzos a esa causa.

## *El análisis de mensajes*

Hemos trabajado mucho tiempo en esa línea, pero aquí queremos sugerir una variante: analizar los mensajes de nuestros medios por ausencia: ¿Qué no estamos diciendo, mostrando, impulsando de la tolerancia y de la paz?, ¿Qué excluimos? Esto nos dará la dimensión de nuestra posible ausencia en esta verdadera misión.

### *Contra las generalizaciones*

Aquí soy taxativo: luchar en todos los frentes contra las malas generalizaciones, contra los estereotipos que nos condenan a ver a los otros como si se resolvieran en unas pocas notas, como si nada hubiera más allá de ellas. Y para vencer las generalizaciones necesitamos revisarlas en nosotros mismos, evaluar con firmeza nuestras propias percepciones para luego abrirnos a las ajenas.

En este esfuerzo resulta imprescindible impulsar el intercambio de programas y otros materiales entre países, la generación de puntos de encuentro entre culturas, la búsqueda de la integración a través del mutuo conocimiento. Nada de esto es imposible, lo sabemos. Existen materiales y maneras de intercambiarlos. La alternativa pasa por la voluntad de promover nuestros ideales.

### *La Verdad y la Violencia*

Gandhi afirmaba, y lo demostró toda su vida, que los caminos hacia la verdad no pueden ser violentos. Hemos aprendido en estos duros años de fin de siglo que también hay verdades, que la diversidad es nuestra riqueza, que las múltiples voces son el resultado de múltiples formas de ser y de percibir.

Si los caminos hacia la verdad no son violentos, la base de nuestra relación se funda entonces en el respeto, preciosa palabra que significa "ver al otro, captarlo como es".

No pretendemos de los medios de comunicación ni la censura ni la autocensura, pero podemos insistir en que los caminos hacia la verdad y el entretenimiento no necesariamente son violentos.

Daniel Prieto Castillo  
Mendoza, Julio de 1996